

# EL REGRESO DEL ESTADO INTERVENCIONISTA

El neoliberalismo marcó la era de la globalización y se convirtió en el pensamiento único, ampliamente aceptado por la centroizquierda y la centroderecha. Hoy, sin embargo, esta era ideológica también parece estar llegando a su fin.

Como han argumentado los economistas Joseph Stiglitz y Thomas Piketty, el neoliberalismo ya se estaba derrumbando, de hecho tras la crisis de 2008; el mito del libre mercado se hizo añicos cuando el gobierno estadounidense intervino para salvar al sector financiero de la quiebra, echando por tierra la idea de un «mercado autorregulado». Lo que en un principio se presentó como una visión de prosperidad e innovación se ve cada vez más como una ideología punitiva -incluso sádica- que, lejos de promover el crecimiento, ha conducido a un periodo de estancamiento económico sin precedentes desde el inicio de la era industrial.

La década de 2010, marcada por las revueltas populistas, los movimientos de protesta, los nuevos líderes de los partidos de izquierda y una nueva derecha xenófoba, reveló lo extendido que estaba el descontento con el orden dominante. La pandemia de coronavirus parece haber asestado el golpe mortal. Los efectos nocivos de los recortes en los sistemas de atención médica durante la Gran Recesión y la incapacidad del mercado para responder eficazmente a la demanda de bienes médicos de emergencia (cubre bocas, respiradores y luego vacunas) socavaron la confianza en el neoliberalismo.

Sin embargo, no se trata tanto del fin de una era ideológica sino del comienzo de una nueva. De esta situación de emergencia surge poco a poco un nuevo marco: el enemigo jurado del neoliberalismo, el Estado intervencionista. Resurge en un periodo marcado por los planes de inversión pública masiva, el gasto deficitario, los programas de vacunación masiva y la planificación climática. Si, hasta hace poco, el discurso político giraba en torno a la pregunta «qué hará el mercado» y los políticos se presentaban como gestores nacionales de las inevitables tendencias económicas, el dilema actual es «qué debe hacer el Estado».

Un neoestatismo, o neointervencionismo, está sustituyendo al neoliberalismo como marco bipartidista, dentro del cual la nueva centroizquierda de Biden y la centroderecha de Johnson ofrecen soluciones diferentes. Contrariamente a las expectativas de gran parte de la izquierda

-que ha llegado a equiparar erróneamente el estatismo con el socialismo-, no nos dirigimos necesariamente a un futuro más progresista e igualitario. Lo que ha cambiado es el horizonte político general, el campo de batalla en el que las nuevas posiciones ideológicas «partidistas» de la izquierda y la derecha luchan por definir el mundo post-pandémico.

### **El miedo al trumpismo, el miedo a China**

La manifestación más evidente de este cambio de paradigma proviene de Estados Unidos, el mismo país que, junto con la escuela de economistas de la Universidad de Chicago y los grupos de reflexión como *American Enterprise Institute*, *Heritage Foundation* y *Project for the New American Century*, contribuyó más al desarrollo y a la exportación de la doctrina neoliberal. Para sorpresa de muchos -empezando por los socialistas que habían apoyado a Bernie Sanders en las primarias-, una vez que Joe Biden fue elegido presidente, dio un giro radical a la política económica. El nuevo presidente introdujo enormes paquetes de estímulo por un total de 6 billones de dólares. Es cierto que muchos de estos planes están todavía en el aire debido al limitado margen de los demócratas en el Senado y a la resistencia de varios centristas. Por estas razones, los planes pueden acabar siendo muy diluidos, pero sigue siendo el mayor plan de gasto e inversión pública de la historia de Estados Unidos.

Lo que sorprende, además de la magnitud de estos planes, es la nueva lógica que los sustenta. Joe Biden no ha desaprovechado ninguna oportunidad para derribar los pilares de la ideología del mercado, por ejemplo cuando declaró, en su primer discurso ante una sesión conjunta del Congreso el 29 de abril de 2021, que la economía del goteo (*trickle-down economics*) nunca había funcionado. En el mismo discurso, Biden reivindicó el papel protagonista del Estado en la nueva economía. «A lo largo de nuestra historia, la inversión pública en infraestructuras ha transformado literalmente a Estados Unidos», dijo, y añadió que «se trata de inversiones que solo el gobierno podía hacer». Además, Biden se ha presentado como un presidente de los sindicatos y de los trabajadores, defendiendo en repetidas ocasiones la mejora de los salarios de los trabajadores, dirigiéndose a los líderes empresariales en una rueda de prensa con las palabras: «Páguenles más».

En conjunto, estas posiciones marcan una clara ruptura con la adhesión de los demócratas a la doctrina del libre mercado iniciada por Bill Clinton y continuada por Barack Obama. Se trata de un giro sorprendente, sobre todo si tomamos en cuenta la carrera anterior de Biden, que

durante sus 36 años como senador de Delaware ayudó a dismantelar el Estado de bienestar y contribuyó a las políticas favorables a las empresas. Tanto es así que uno puede preguntarse legítimamente: ¿por qué Biden hace todo esto?

La mejor explicación de Bidenomics se encuentra en una entrevista concedida a Ezra Klein, del New York Times en abril 2021, por Brian Deese, principal asesor económico de Biden y antiguo consejero de la administración Obama, que luego trabajó en BlackRock, la mayor empresa de inversión del mundo, donde era responsable de las inversiones sostenibles.

En la entrevista, Deese explica que el cambio de línea de Joe Biden refleja la evolución del debate económico y el cambio generacional entre los economistas, con asesores más jóvenes dispuestos a abandonar algunos de los dogmas de la generación anterior. Deese sostiene que tras esta crisis ya no es posible seguir ignorando los efectos de la desigualdad económica en la sociedad, y que «no hay soluciones de mercado para algunas de las debilidades que se han manifestado en la economía».

Pero el giro neointervencionista de Biden, como sugiere Deese, es también -como suele ocurrir en la historia- producto del miedo, y en particular de dos preocupaciones que atenazan a la clase dirigente liberal estadounidense. La primera es la del regreso del trumpismo, tras cuatro años despreocupados en la Casa Blanca, y el trauma nacional producido por la insurrección de sus partidarios de extrema derecha en el Capitolio el 6 de enero de 2021. Este acontecimiento parece haber sembrado el pánico en el Partido Demócrata y en la intelectualidad liberal estadounidense, hasta el punto de convencer a los defensores del neoliberalismo, como Biden, de que el libre mercado no solo es problemático desde el punto de vista económico -como demuestra una década de estancamiento-, sino también insostenible desde el punto de vista político: no se puede poner en peligro el fin de la democracia escuchando las recetas de los economistas ortodoxos.

El segundo temor que impulsa a *Bidenomics* es el miedo a China. Como explica Deese, el gobierno de Biden reconoce el éxito del sistema económico chino, cómo ha garantizado un crecimiento sostenido y ha evitado en gran medida las crisis financieras que, según las predicciones de las Cassandras, pronto llevarán a los chinos a derrocar el régimen comunista. En cambio, China ha invertido en infraestructuras, investigación y desarrollo, preparándose

para competir en tecnologías avanzadas, energías renovables e inteligencia artificial. Esto ha ocurrido en un momento en que, bajo Xi Jinping, China ha retrocedido respecto a la apertura de los años 90 y 2000.

Como sostiene el periodista estadounidense Joshua Kurlantzick, el punto de inflexión fue la agitación financiera de 2014-2015. El enfado de los pequeños ahorradores chinos llevó al gobierno de Pekín a dejar de lado sus promesas de desregular el sistema financiero y devolver al Estado un papel más activo. En la actualidad, las empresas estatales o controladas por el Estado representan el 60% de la economía china. En este contexto, es como si Estados Unidos se hubiera dado cuenta de que no puede seguir fingiendo que la economía mundial avanza hacia el ideal del libre mercado, cuando en realidad su principal competidor es el capitalismo del Estado. El corolario estratégico es que, para hacer frente a una China audaz, Estados Unidos debe parecerse más a ella, adoptando algunos de los mecanismos de intervención estatal y política industrial, abandonadas tras la crisis de estanflación de los años setenta.

### **La infraestructura como paradigma**

El miedo al trumpismo y a China son las razones del realineamiento de la centroizquierda estadounidense. Para entender el rumbo del mundo posneoliberal y la forma del nuevo intervencionismo estatal, es necesario también examinar el contenido programático de esta nueva visión política. Esto puede resumirse en dos conceptos: una visión de las infraestructuras como la nueva prioridad clave, y una inversión topológica de la idea de desarrollo del periodo neoliberal, en la que la receta elitista de la economía del goteo se sustituye por una visión centrada en el fortalecimiento de la base económica y la demanda.

La medida más ambiciosa anunciada por la administración Biden es el plan de inversión en infraestructuras. Reducido respecto a las expectativas iniciales, el plan bipartidista de 1.2 billones de dólares que se debate actualmente en el Congreso no solo pretende reparar puentes, carreteras y líneas ferroviarias, sino también sentar las bases para la transición a una economía post-petróleo, con energías renovables y coches eléctricos. La atención a estas inversiones se debe al precario estado de muchas de las infraestructuras críticas (transporte, energía, servicios públicos, etc.) debido a décadas de desinversión progresiva.

Como señaló el Sr. Deese en la citada entrevista, una de las principales razones de la percepción del declive de Estados Unidos es precisamente el lamentable estado de su sistema de transporte. Mientras que China cuenta con decenas de miles de kilómetros de ferrocarril de alta velocidad, Estados Unidos no tiene ninguno. Mientras que todas las ciudades chinas cuentan con un transporte público de última generación, ciudades estadounidenses como Nueva York y San Francisco utilizan metros anticuados con trenes de los años 70 y 80. Si antes la gente iba a Estados Unidos para ver el futuro, ahora va para ver el pasado, mientras que en China ocurre lo contrario.

El retraso en las infraestructuras de Estados Unidos es un problema conocido desde hace tiempo. Obama ya había prometido hacer algo al respecto, pero la inversión era apenas una cuarta parte de lo que Biden ha puesto en marcha. Incluso Trump, que prometió invertir en infraestructuras, acabó haciendo muy poco, y algunos sostienen que la no aplicación de su plan, popular entre los trabajadores, le costó la reelección. Biden parece querer evitar los errores de sus predecesores, pero está por ver qué saldrá de las negociaciones bipartidistas.

Además de los transportes y la red eléctrica, otras cuestiones, como la atención a los enfermos y a los ancianos, se presentan a menudo como problemas de infraestructura. Las medidas para los «trabajadores sociales» se han incluido en el paquete de infraestructuras, y los asesores económicos de Biden se refieren a menudo a la necesidad de reforzar la «infraestructura social». El motivo es que la desinversión en servicios públicos esenciales, como la asistencia, la educación y la salud, ha contribuido a socavar los cimientos de la economía, por ejemplo, dificultando que las mujeres puedan compaginar la maternidad con el trabajo.

La importancia y la necesidad de invertir en infraestructuras es también muy relevante en el contexto europeo. Aunque en varios países la situación de los sistemas de transporte aún no está tan mala como en Estados Unidos, las consecuencias de décadas de desinversión pública han aparecido en los últimos años. Un ejemplo es el derrumbe del puente Morandi en Génova en agosto de 2019, en el que murieron 43 personas. El mantenimiento corrió a cargo de la empresa privada Atlantis, controlada por la familia Benetton. El acontecimiento se ha convertido en un símbolo de los efectos nocivos de las privatizaciones insensatas de los años 90 y de la incapacidad del mercado para garantizar los servicios esenciales.

El problema del clima hace que las intervenciones en infraestructuras sean aún más urgentes, por lo que gran parte de la financiación europea del plan de recuperación *Next generation EU* se destina a este fin. La transición a una economía neutra en carbono requerirá una inversión considerable en nuevas redes eléctricas, energías renovables y estaciones de carga para la movilidad eléctrica. Además, como demostraron trágicamente las devastadoras inundaciones de julio de 2021 en Alemania, serán necesarios enormes proyectos de mantenimiento del terreno para hacer frente a la inestabilidad hidrogeológica, con el fin de prepararse para la subida del nivel del mar y los fenómenos meteorológicos cada vez más extremos.

Esta urgencia, sin embargo, choca con el conservadurismo fiscal que aún prevalece en muchos países, empezando por la propia Alemania. Armin Laschet, sucesor de Angela Merkel al frente de la CDU y gobernador de la región de Renania del Norte-Westfalia, afectada por las inundaciones, quiere volver a la austeridad y al «freno de la deuda» (Schuldenbremse) lo antes posible, para obligar a otros países europeos a seguir su ejemplo.

Es cierto que los partidarios más fanáticos de la austeridad están ahora más aislados a nivel europeo. En el debate sobre la reforma del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, suspendido al inicio de la pandemia y hasta finales de 2022, se habla de no contabilizar los gastos en inversiones para la transición ecológica y digital en el déficit, como propone el comisario de Economía, Paolo Gentiloni. Sin embargo, es de esperar una fuerte resistencia por parte de los llamados países frugales y de los conservadores alemanes, que prefieren una Unión Europea dedicada a disciplinar a sus países miembros -especialmente a los del sur de Europa, acusados de pereza y despilfarro- a la visión de la Unión Europea como medio de desarrollo. En resumidas cuentas, mientras Estados Unidos parece avanzar hacia el horizonte posneoliberal, el viejo continente tiene dificultades.

### **De la «carrera hacia abajo» a la «elevación de la base»**

El otro rasgo distintivo del nuevo consenso bipartidista que está surgiendo a nivel internacional es la promesa de atajar la paulatina desigualdad económica, que ahora se considera un grave límite para el crecimiento y la credibilidad de las democracias capitalistas occidentales. El choque geopolítico e ideológico con China parece llevar a algunos sectores de la clase dirigente a dar consejos más indulgentes, para que los trabajadores no empiecen a

simpatizar con el modelo chino; una especie de repetición del modelo de la Guerra Fría, en el que los países occidentales hacían concesiones a los trabajadores para aliviar el conflicto social.

Cabe destacar que en la cumbre del G7 de este año, celebrada en Cornualles, se destacó la necesidad de combatir «la rebaja de las normas laborales y medioambientales para obtener ventajas competitivas». Hace veinte años, en la cumbre del G8 celebrada en Génova en 2001, que terminó en una «carnicería mexicana» como admitió un jefe de policía, cuando se hablaba de pobreza, se hacía referencia a los países del tercer mundo. Hoy en día, la pobreza es un problema que los países industrializados experimentan adentro de ellos mismos. Mientras que los países neoliberales solían ver la desigualdad como algo potencialmente positivo, ya que desencadenaría el espíritu empresarial, ahora se ve más como un riesgo para la resiliencia del capitalismo y como un lastre para la demanda.

Este cambio de percepción ayuda a entender el imaginario que hay detrás de los nuevos eslóganes de la política pospandémica. En los Estados Unidos de Biden se habla mucho de la necesidad de «elevar el suelo», mientras que hasta hace poco la urgencia parecía ser solo la de elevar el «techo» de las aspiraciones empresariales: *«to lift the ceiling»* («levantar el techo»). Un ejemplo es la promesa de Biden -hasta ahora bloqueada en el Congreso- de elevar el salario mínimo a 15 dólares la hora, y de fomentar un impulso al alza de los salarios mediante el fortalecimiento de los sindicatos. La respuesta de la centroderecha está bien representada por el eslogan de Boris Johnson: *“levelling up”* «nivelación desde arriba». Lo que tienen en común estos eslóganes es la creencia de que las desigualdades producidas por la globalización son perjudiciales para el bien del capitalismo. Pero las soluciones que proponen son muy diferentes.

La promesa de Biden tiene un sabor más universalista y pretende obligar a los empresarios a meter la mano en el bolsillo. La promesa de Johnson se centra en la desigualdad territorial y en la división suburbana-metropolitana que ha alimentado muchos movimientos populistas. En su discurso de «nivelación» del 15 de julio de 2021, Boris Johnson habló de los «desequilibrios y desigualdades entre las regiones del Reino Unido» en cuanto a esperanza de vida y oportunidades profesionales. Además, Johnson dijo que el gobierno tenía un «papel

catalizador en la dirección estratégica» de la economía. Esto es muy diferente del discurso de Margaret Thatcher.

El eslogan de Johnson está relacionado con la estrategia electoral de los conservadores y su deseo de consolidar su control del «muro rojo»: una zona de Inglaterra que solía apoyar a los laboristas y que, en las últimas elecciones, se decantó por los conservadores. Al fin y al cabo, la fábrica de baterías de coches eléctricos en la que Johnson pronunció su discurso de nivelación está en Blyth, una ciudad cerca de Newcastle, que forma parte de una circunscripción que recientemente se inclinó hacia su partido. El líder laborista Keir Starmer acusó a Johnson de favoritismo, pero el problema para los laboristas es que, a diferencia de los demócratas de Biden, en lugar de mirar al futuro, los laboristas han vuelto al blairismo, e incluso parecen querer robar a los tories su papel de partido de la rectitud fiscal.

El retraso de la socialdemocracia europea a la hora de afrontar este cambio de fase muestra que el cambio ideológico es muy preocupante, y corre el riesgo de abrir la puerta a una nueva ola de populismo de derecha. El peligro es que un capitalismo más estatista y nacionalizado se ponga al servicio de la agenda reaccionaria de la nueva derecha, como ha argumentado recientemente James Meadway. Significativamente, al tiempo que abandonan algunos dogmas neoliberales, los tories llevan al extremo sus posiciones sobre la inmigración y alimentan la guerra cultural de valores. El escenario que hay que evitar es el de la reintroducción del Estado corporativo tras la globalización, en el que una alianza cada vez más estrecha entre el gobierno y las empresas nacionales se produce a expensas de los trabajadores y la democracia.

Incluso el plan de Joe Biden, aunque mucho más ambicioso que el de sus homólogos europeos, puede no ser suficiente para sacar a la economía de lo que parece ser un estancamiento crónico. Si bien la inversión pública y la política industrial son componentes necesarios para un neoestatismo progresista, también son necesarias las políticas redistributivas radicales que socaven el poder de los oligopolios y de los nuevos magnates - como Jeff Bezos y Elon Musk- y vuelvan a poner en circulación los recursos para estimular la demanda. Una falta de coraje en este frente podría impulsarnos pronto a una década aún más desesperada que la de 2010, abriendo las puertas de la Casa Blanca a Trump o a su sucesor. La pandemia parece haber puesto de nuevo en marcha la rueda de la historia, pero no está

claro si la nueva era es progresiva o regresiva. Lo que sí parece seguro es que el debate no versará tanto sobre el mercado como sobre el papel del Estado en el contexto pospandémico, y sobre qué tipo de sociedad debe reconstruirse a partir de los escombros del neoliberalismo, empezando por los cimientos o -para usar la retórica de Biden- por las infraestructuras.



**Referencia:**

Gerbaudo, P. (2021). Tras la pandemia, el neoestatismo sustituye al neoliberalismo. El Grand Continent.

Recuperado de: <https://legrandcontinent.eu/es/2021/07/21/tras-la-pandemia-el-neoestatismo-sustituye-al-neoliberalismo/>